

UN NOVIEMBRE DE ELECCIONES, CULTURA Y GASTRONOMÍA

Con la solemnidad que el primer día de este mes impone, se revistió el calendario de otoño para recordar al ser querido, para cumplir con el precepto ya milenario de peregrinar hasta los camposantos para reencontrarse con los difuntos, con sus recuerdos más entrañables.

Son días de luz y flores para ellos. Luz para recuperar por unos instantes su memoria. Flores para evocar los momentos más hermosos que compartimos en otro tiempo.

Para los vivos, gastronomía. Y en esto Arjona se vuelca con generosa complacencia para halago de los paladares, de los espíritus del buen vivir y mejor comer. Nada menos que tres eventos se organizan en tiempo de ocio para rescatar de la tradición sabores y texturas de la mano de una cocina que pugna por lo intenso y rotundo, que rebusca en el epicentro del mejor muestrario que brinda los productos de la dieta mediterránea, para regocijo y solaz de los sentidos.

En estos fastos culinarios anda enfrascado el personal cuando la noticia hecha pública estremece con toda su crudeza: la Iglesia de San Juan padece una grave enfermedad. Los técnicos que entienden de eso revelan en todo su rigor a unos atribulados feligreses la dimensión de su particular tragedia.

La palabra y la fotografía muestran con feroz realismo, casi impúdico, las tripas del edificio moribundo. Se decreta una solución provisional y se invoca para un inconcreto futuro su demolición controlada; con la idea puesta en levantar con idéntica, pero mejorada, su traza original. De nada sirvieron los tratamientos paliativos que desde hace más de un año se le aplicaron: las injurias del tiempo y las calidades de los materiales empleados en su reconstrucción en la postguerra, se aliaron para que el destino de su fábrica diese una fatal vuelta de tuerca en su intrahistoria.

La cruel realidad, sin embargo, no debe servir para lamentos estériles que a nada conducen, sino como verdadero acicate para encarar el problema con resolutiva actitud.

El pueblo de Arjona, tantas veces generoso con las causas solidarias, próximas y lejanas, seguro que arrimará el hombro, derrochará altruismo pese a los tiempos de escaseces y carestías, para que más pronto que tarde recupere uno de sus patrimonios centenarios, testigo presencial mudo de buena parte de la historia de Arjona de los últimos seis siglos, tarea en la que nadie es imprescindible, pero todos somos necesarios.

La cita anual del 'Noviembre Cultural', fiel desde hace años por estas calendas, nos ofrece en estos días de sol amarillo y dulce, de cielo azul moteado de nubes blancas, unas cuantas sutilezas culturales que recomponen el espíritu, asaeteado por la melancolía propia de este tiempo y apesadumbrado por la batería interminable de anuncios de ajustes y recortes que nublan el futuro de esperanzas y certidumbres.

La cita con la música, -sin ella la vida sería un error, filosofó alguien-, las conferencias, que ponen luz en esta edición a la encrucijada del olivar ante las nuevas políticas agrarias que se anuncian, desde luego nada halagüeñas; la masonería, que con su halo de misterio y discreción, aviva el interés por

conocer sus entresijos entre unos asistentes que insinúan en el coloquio final al orador que les ha sabido a poco su disertación, y la última, sobre la torre de San Martín, historia por desvelar el próximo viernes, constituyen un agasajo y lisonja para los entusiastas del discernimiento; y en fin, toda suerte de exposiciones, teatro, danza, cine, ... redondean las ofertas donde dirigir otra mirada a realidades más o menos imaginadas.

Entreverada con la cultura, la política se hace ocasionalmente un hueco para animar a la participación, para reclamar una porción de la atención de la fauna social que deambula como puede sorteando sus particulares desalientos.

A Arjona, recién cumplidos los 120 años como ciudad, huérfana de celebraciones oficiales, que no está el horno para bollos, viene el consejero de Educación de la Junta de Andalucía, señor Álvarez de la Chica, para recordarnos las líneas maestras de la política educativa, que junto a la judicial y sanitaria todos los partidos se empeñan en convencernos de su salvaguarda, frente a los recortes que están por llegar.

Traspasado el ecuador del calendario del mes, llega la cita electoral que tiñe de azul el mapa político español.

Varapalo sin precedentes para los actuales gestores, que les obliga a ceder, con el nuevo escenario, los asuntos de la cosa pública a otra opción, a otra sensibilidad, que tiene por delante la ardua y afanosa tarea, casi titánica, de reflotar espacios naufragados con, dicho sea de paso, poco margen de maniobra y siempre contando con el permiso de Alemania y Francia que desde hace tiempo, por si fuera poco, nos marcan el rumbo y nos tienen bien cogidos por donde más nos duele.

La ciudad de Arjona, nada veleidosa con el cambio, mantiene sus fidelidades a contracorriente; no en vano es la población que, proporcionalmente, lidera en Jaén su favor al partido de la rosa entre los núcleos de más de 5000 habitantes, recuperándose en gran medida del batacazo que se dio en los anteriores comicios de marzo.

Y ahora que noviembre se va, y el otoño se halla en su apogeo, acercando sigiloso, casi sin darnos cuenta, el frío a la vida, despojando sin pudor a los árboles de sus últimas hojas, y vistiéndolo a la tarde sin sol ni luceros, el inmenso mar de olivos se prepara para emprender la tarea, repetida año tras año, de recoger sus frutos y sembrar los tajos de una miríada de microoficinas de empleo que vienen en socorro de las desbocadas estadísticas del paro.